

# El poema de la selva trágica

Roger Cicero MacKinney

En el prólogo, "liminar" de su libro *Poema de la selva trágica*,<sup>1</sup> don Luis Rosado Vega nos anticipa su tónica y las emociones que habremos de sentir a cada una de sus catorce partes, "jornadas". Emociones de admiración ante una naturaleza prodigiosa, como es aquella quintanarroense donde se extrae el chicle y se cortan las maderas preciosas, y de rebeldía por la inmisericordia en la que se sume a los hombres de machete y hacha, en sus continuos sudores por las riquezas económicas de su trabajo, riquezas que, se sabe, apenas dejarán mendrugos en sus manos, en contraposición de las fortunas que rebosarán las ajenas.

En la lectura de esas partes o "jornadas", que de por sí constituyen completos poemas, "Los hijos de la selva," "El hábitat," o "La tormenta" —detengámonos en éstos— quisiéramos oír a los señores vanguardistas que se empecinan en restar méritos a la poesía descriptiva. Por sobre todos, estos tres títulos son

automáticamente expositores de ella y, si al conocerles sus renglones se atreviesen a repetir sus juicios, seríamos nosotros quienes tendríamos que juzgar a ellos que, de ser aceptada la sensatez, quedarían, sin remedio, como meros dogmáticos de su posición.

Y es que, alguien que se precie de comprender el arte poético, no oficio ¡por Dios!, ¿sería capaz de negar que ese arte está, y en plenitud, plasmado en estos versos?: *El roble, / tan noble, / maravilla del bosque y portentoso, / hacia el éter audaz se adelanta, / mientras en sus ramas se adormece el viento / y el pájaro canta*. Versos de "Los hijos de la tierra". O en estos de "El Hábitat": *La ardilla cirquera / tan vivaz y tan llena de gracia, / en alto la cola que es regio plumero, / saltando doquiera / ritma en ritmos de audaz acrobacia / su cuerpo ligero*, en éstos, ¿qué, no hay poesía?... La hay, y tan de ley, como en el siguiente ejemplo que pertenece a "La tormenta": *El cielo se torna plomizo, / otra nube*

Roger Cicero MacKinney. Poeta, periodista y dirigente político (1929). Autor de 9 libros de poesía, ensayos y numerosas plaquetas. Fue miembro fundador del grupo literario "Voces verdes" (1951-1952).

Artículo publicado en el suplemento cultural Artes y Letras del periódico *Novedades de Yucatán*, domingo 29 de octubre de 1967



asoma, y asoma otra luego, / y otra...  
de improviso / raya los espacios un zigzag de fuego / que en el vasto nublo que su gris afirma / como un testimonio / de próximo amago, parece una firma que echara un demonio.

Ahí está la condición poética: en la firma de fuego —¿mejor identidad metafísica de satán?— en el movimiento que vuelve tropelía de nubes por la magia descriptiva del poeta, para el cual, con todo tino, la ardilla cobra el título de arquera, muy apropiadamente engalanada de su plumero regio; y está la poesía en el viento que se personifica al adormecerse en las ramas del roble y, más todavía, al acontecer al tiempo de cantar el pájaro.

Rosado Vega, que se alza en nuestras letras, como lo hicieron Ricardo Mimenza Castillo y luego Antonio Mediz Bolio, por el hecho de descubrir nuestras cosas, nuestro indigenismo desdeñado por sus antecesores y aún por sus contemporáneos, que se encasillaron en la poemática europea tan absorbente —y tan absorbida— en la época a que pertenecieron, Rosado Vega en su *Poema de la selva trágica*, a más de afirmar la poesía descriptiva, enaltece la combatiente, la que "pone el dedo en la llaga", la social como hoy se dice y que, por cierto, es de mayor cuidado que aquella, porque si es verdad que aquella —la descriptiva— puede caer

en la simplicidad del paisaje incoloro, en la exposición chabacana, ésta —la social— puede despeñarse ante una falsa apariencia, o perder su virginidad al entrar a exaltaciones prematuras. Recordemos al maestro Neruda deificando a Stalin.<sup>2</sup>

El poeta ha de comprometerse, de acuerdo, pero teniendo en cuenta que su primordial compromiso está en la dignidad de su propia poesía. Y sí: los héroes son muy merecedores de la poesía. Tanto que ésta tiene un



campo —el épico— reservado para ellos o, al menos, para sus hazañas o sus objetivos de defensa o conquista, que al ser cantados, tácita o subjetivamente serán reconocidos, serán cantados ellos, los héroes. Pero, esta poesía épica puede devaluarse, si no en su forma, sí en su fondo: un cambio de postura del ídolo —llamemos así al receptor de su homenaje—, del ídolo elegido por su hacedor, basta para la devaluación. Y ese cambio de postura, sobre todo en nuestras extensiones continentales, sin "perjuicio" de las restantes, se sucede con gran facilidad; ejemplos tenemos de sobra al presente, aunque anhelemos un mejor futuro. Se sucede con desquiciante y terrible frecuencia. Y nos preguntamos: ¿Será tan infalible el poeta como para que sus apreciaciones se constituyan, por así decirlo, en cuestión bíblica?... No. Profetas ya no hay. Lo que existe son mercaderes de la pluma; caretas al servicio del carnaval político en turno; lambiscones que deshonran su fama de aedas, o pseudopoetas, si es que se quiere bien tratarlos.

Porque el poeta verdadero no condiciona su sentimiento ni siquiera lo condiciona. No lo entrega a manos dudosas; a privilegiados de llaves de ciudad; de bandas presidenciales; de barras y estrellas o de hoces y martillos. En tal dignidad, si acaso podrá equivocarse en sus ponencias de amor, y habrá de ser perdonado

porque, el amor, es la única forma aceptable de la volubilidad: eso lo sabe él, más que nadie, y ese saber es precisamente lo que quiere y logra a cada vuelta olvidar... para volver a equivocarse.

No hay que creer mucho en el poeta de héroes en pedestal, si éstos aún no han acabado de escribir su historia. Los héroes de Rosado Vega en su *Poema de la selva trágica*, son los que están abajo pero, a toda discusión, libres de mancha, porque el sacrificio y el dolor todo lo limpia. Son los que le dan la cara al mosquito del paludismo y a la mosca chiclera que corroe; el hachazo último a la "abuela caoba" que a veces los aplasta, los sepulta al desplome de su estatura colosal; los hombres que le dan la cara a la serpiente de veneno en acecho constante: los que se le dan a la muerte, a cada paso.

Esos, los oprimidos, los explotados: el chiclero y el engañado que va al corte de maderas, son los héroes de don Luis... y aquí está el poeta social cantando el esfuerzo humano y señalando la tragedia para que sea remediada; dando, con el único anhelo de cumplir con la conciencia. ¡Aquí está el poeta!

#### NOTAS

- 1 Portada de Leonel de Cervantes. Dibujos de Carlos Cámara y Fernando Güemes. Escrito en ciudad Chetumal, 1937. Edición S.C.O.P., 1938.
- 2 Pablo Neruda: *Canto general*. Cap. IX, pp. 372-374. Ediciones Océano. México, D.F. 1950.